

PREMIO UPC 1997

Novela corta de ciencia ficción

James Stevens-Arce

Robert J. Sawyer

Daniel Mares

Domingo Santos



Cuatro historias que demuestran, una vez más, el amplio poder de convocatoria internacional y la excelente calidad que ha alcanzado el premio europeo de mayor prestigio en la ciencia ficción mundial.

En *El salvador de almas*, el portorriqueño James Stevens-Arce especula sobre un oscuro futuro de unos Estados Unidos sometidos al gobierno derechista del movimiento fundamentalista religioso. En el año 2099, la agencia gubernamental de los «salvadores de armas» se dedica a congelar suicidas para que, utilizando tecnología futurista, puedan ser devueltos a la vida a fin de que sean enjuiciados y castigados por su crimen.

El canadiense Robert J. Sawyer Imagina en *Psicoespacio* una cuarta dimensión de la realidad en la que la humanidad confluye con una inteligencia alienígena de la que se ha recibido un mensaje de difícil comprensión.

En *La máquina de Pymblikot*, el madrileño Daniel Mares nos acerca a una confrontación bélica en un universo cuyas leyes físicas resultan sorprendentemente distintas de las que rigen en nuestra realidad cotidiana.

Finalmente, en *Bienvenidos al bicentenario del fin del mundo*, el barcelonés Domingo Santos nos narra la dura realidad del despertar de la vida en un mundo que Intenta recuperarse de la hecatombe que aniquiló una cultura y una civilización muy parecida a la nuestra.

PRESENTACIÓN

En 1997 se demostró una vez más el amplio poder de convocatoria del Premio internacional UPC de Ciencia Ficción: se presentaron 123 narraciones de un nivel francamente alto. Como suele ocurrir, de nuevo el jurado tuvo graves dificultades en decidir y, una vez más, optó por la tal vez incómoda opción del ex aequo. Por eso el presente volumen incluye, como el año pasado pero por otra razón, cuatro novelas cortas y no tres. Un volumen que acude a su cita anual con el convencimiento de que estas cuatro historias son el mejor exponente de la calidad que adorna al Premio UPC, ya convertido en un clásico de la ciencia ficción mundial.

El Premio internacional UPC de Ciencia Ficción de 1997

Yendo a los datos, en 1997 se recibieron 123 narraciones a concurso. La participación internacional fue, como siempre, abundante: una de cada cinco narraciones procedía de lugares como Estados Unidos (14 novelas), Japón (2), Alemania (2), Gran Bretaña (2), Perú (1), Canadá (1), Francia (1), Israel (1), Bulgaria (1) e isla de la Reunión (1).

La mayor parte de los concursantes escribieron sus narraciones en castellano (93 novelas, es decir el 76%), aunque el segundo lenguaje ha sido el inglés con 19 novelas (el 16%). De nuevo catalán (8) y francés (3) fueron lenguas

menos utilizadas entre las narraciones presentadas a concurso.

La decisión del jurado y la entrega de los premios se hizo pública el 10 de diciembre de 1997 en un solemne acto académico presidido por el rector de la UPC, señor Jaume Pagés y co-presidido por el señor Miquel Roca, nuevo presidente del Consell Social de la UPC, entidad que patrocina y organiza el concurso. El conferenciante invitado fue la escritora norteamericana Connie Willis.

El jurado estuvo formado, como el año anterior, por Lluís Anglada, Miquel Barceló, Josep Casanovas, Jordi José y Manuel Moreno. El contenido del acta con el fallo del jurado (traducida del original en catalán) dice:

«El jurado del PREMIO UPC DE CIENCIA FICCIÓN 1997, reunido en la sede del Consell Social el día 20 de noviembre de 1997 para deliberar sobre la entrega de los premios, ha decidido otorgar:

— el primer premio de 1.000.000 de pesetas ex aequo a compartir por las obras:

SOULSAVER, de James Stevens-Arce (San Juan, Puerto Rico, USA)

PSYCHOESPACE, de Robert J. Sawyer (Ontario, Canadá)

— una mención de 250.000 pesetas ex aequo, a compartir, a las obras:

LA MÁQUINA DE PYMBLIKOT, de Daniel Mares (Madrid, España)

BIENVENIDOS AL BICENTENARIO DEL FIN DEL MUNDO, de Domingo Santos (Barcelona, España)

y desea hacer constar el extraordinario éxito de participación de esta séptima convocatoria internacional

(123 originales recibidos) y hacer mención de las siguientes obras por orden de apreciación:

La nostra propia llum, de Josep M. Turuguet (Badalona, España)

Promenade fantastique, de Vassil Tsonev (Sofía, Bulgaria)

El jurado ha decidido otorgar la mención UPC (dotada con 250.000 pesetas) a la obra:

N'ZNEG, de Xavier Pacheco Carmona y Josep Antoni Bonilla Hontoria (Barcelona, España)

y hacer mención de la siguiente obra:

Al otro lado del túnel, de Fermín Sánchez Carra-cedo (Barcelona, España)»

Tras la presencia de Marvin Minsky, Brian W. Aldiss, John Gribbin, Alan Dean Foster, Joe Haldeman y Gregory Benford, en 1997 la conferenciante invitada en la ceremonia de entrega de premios fue la escritora norteamericana Connie Willis.

No es éste el lugar para recordar la personalidad de Connie Willis. Los lectores interesados pueden acudir a las informaciones que se incluyen en las muchas novelas de Willis publicadas en nuestra colección como, por ejemplo, la reciente OVEJA MANSA (NOVA ciencia ficción, número 99), que en el momento de redactar esta presentación (en abril), es finalista del premio Nebula de 1997; o la excepcional y multipremiada (Hugo, Nebula y Locus) EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL (NOVA ciencia ficción, número 68). El último trabajo narrativo de Connie Willis ha sido TO SAY NOTHING OF THE DOG, publicada en inglés en enero de 1998, cuya versión en castellano aparecerá próximamente en NOVA.

Tras esta presentación se incluye el texto íntegro de la interesante y amena conferencia de Willis, titulada: «Extraterrestres, ideas e irrelevancia: la importancia de la ciencia ficción».

La presente edición del Premio UPC 1997

En este volumen se incluyen las narraciones premiadas en la edición de 1997 del Premio UPC de Ciencia Ficción. Poco más queda por decir. En diciembre de 1996, tuve la suerte de conocer personalmente a uno de los ganadores, Jimmy Stevens-Arce, y a su esposa, Tita. De nuevo, la ciencia ficción demostró establecer una curiosa hermandad y buena disposición no exenta de todo tipo de afinidades entre quienes nos dedicamos a ella. Debo reconocer que éste es uno de los muchos alicientes que, al menos para mí, presenta el Premio UPC.

Las cuatro narraciones incluidas en este volumen componen un conjunto de evidente interés y demuestran, una vez más, el alto nivel de convocatoria internacional y calidad a que ha llegado el premio europeo de mayor prestigio en la ciencia ficción mundial.

En EL SALVADOR DE ALMAS, el portorriqueño James Stevens-Arce especula sobre un oscuro futuro de unos Estados Unidos sometidos al gobierno derechista del movimiento fundamentalista religioso. En el año 2099, la agenda gubernamental de los «salvadores de almas» se dedica a congelar suicidas para que, utilizando tecnología futurista, puedan ser devueltos a la vida a fin de que sean enjuiciados y castigados por su crimen. El protagonista, un joven y novato «salvador de almas», descubrirá pronto las incongruencias de tal sistema.

El canadiense Robert J. Sawyer imagina en PSICOESPACIO una cuarta dimensión de la realidad en la que la humanidad confluye con una inteligencia alienígena de la que se ha re-

cibido un mensaje de difícil comprensión. Una idea especulativa de amplio alcance que en el futuro verá la luz como parte de la novela FACTORING HUMANITY (prevista para junio de 1998 en inglés).

En LA MÁQUINA DE PYMBLIKOT, el madrileño Daniel Mares nos acerca a una confrontación bélica en un universo cuyas leyes físicas resultan sorprendentemente distintas de las que rigen en nuestra realidad cotidiana. Una muestra de la creciente habilidad narrativa y especulativa del autor de SEIS que, hace sólo unos años, fue finalista del Premio UPC.

Finalmente, el veterano autor barcelonés Domingo Santos, el más conocido y famoso autor de la ciencia ficción española, nos narra en BIENVENIDOS AL BICENTENARIO DEL FIN DEL MUNDO la dura realidad del despertar de la vida en un mundo que intenta recuperarse de la hecatombe que aniquiló una cultura y una civilización muy parecida a la nuestra.

Un conjunto temático y estilístico que compone un brillante panorama de la ciencia ficción en las postrimerías del siglo XX.

Y nada más, sólo constatar que las previsiones que hiciera Brian W. Aldiss en la edición de 1992 se van cumpliendo, y el Premio UPC de Ciencia Ficción se consolida, un año tras otro, como el mejor y más importante premio de ciencia ficción no sólo en España, sino en Europa y en todo el mundo.

Para la edición de 1998, el límite de recepción de novelas concursantes se mantiene hasta el 15 de septiembre de 1998. De las mejores de esas narraciones trataremos en el futuro volumen de NOVA ciencia ficción sobre el PREMIO UPC 1998, al que les remito.

De nuevo me atrevo a invitarles ya a la solemne ceremonia de entrega del Premio UPC de Ciencia Ficción 1997

que se celebrará el 2 de diciembre de 1998 en el Campus Norte de Barcelona de la UPC (la secretaría del Consell Social de la UPC, teléfono 93-4016343, puede actualizar y completar esta información).

En 1998 el acto de entrega del premio contará con la presencia como conferenciante invitado de Stephen Baxter, brillante e inteligente autor de novelas de sólida inspiración científica como la excepcional LAS NAVES DEL TIEMPO (NOVA éxito, número 11), una sugerente continuación del clásico de Wells LA MÁQUINA DEL TIEMPO 1895). Junto al homenaje a Wells, Baxter es autor también de ANTI HIELO (prevista en NOVA, número 119), concebida como un «romance científico» escrito «a la manera de» Julio Verne.

La del 2 de diciembre de 1998 será una nueva fiesta de la ciencia ficción no sólo española sino, como ya se ha visto, también mundial. Hasta entonces.

MIQUEL BARCELÓ

CONFERENCIAS

EXTRATERRESTRES, IDEAS E IRRELEVANCIA: LA IMPORTANCIA DE LA CIENCIA FICCIÓN

Connie Willis

(Traducción: Pedro Jorge Romero)

Llevo escribiendo ciencia ficción cerca de treinta años, y leyéndola mucho más tiempo. Tenía trece años cuando descubrí por primera vez la ciencia ficción. Aquel año trabajaba en la biblioteca del colegio y un día, mientras colocaba los libros en las estanterías, vi aquel libro amarillo que tenía en portada un chico con un traje espacial. Se titulaba, *Consigue un traje espacial, viajarás*. Como había visto en televisión la serie del oeste que se titulaba, *Have gun, will travel*, y como tenía trece años, pensé que era el título más divertido que había visto nunca, así que cogí el libro de la estantería y lo empecé a leer.

Consigue un traje espacial, viajarás, comienza con un chico adolescente que se llama Kip, que trata de hablar con su padre que no le presta ninguna atención porque está intentando leer. La primera línea dice: «¿Sabéis?, yo tenía un

traje espacial. Ocurrió de la siguiente manera: “Papá —le dije— quiero ir a la Luna”».

Hay una escena hacia el final de la película *La guerra de las galaxias* en la que todos los X-Wing, excepto el de Luke Skywalker, han sido derribados, la Estrella de la Muerte se acerca al planeta y Darth Vader apunta a Luke. La princesa Leia, en la luna rebelde, espera impaciente. Darth Vader tiene a Luke a tiro, y de repente, salido de la nada, aparece Han Solo en escena y salva la situación. Inmediatamente pasamos a una imagen de la princesa Leia, que todavía espera impaciente. «¡Guau! —grita Han Solo—. ¡Vamos chico, volémosles esa cosa!».

La princesa Leia no dice ni una palabra y su expresión no se altera, pero la primera vez que vi la película con mi hija, ésta, que tenía ocho años, se me acercó y me dijo, «está enganchada».

Tenía razón. La princesa Leia estaba enganchada. Y cuando yo abrí aquel libro amarillo, yo también me quedé enganchada. Me llevé a casa *Consigue un traje espacial, viajarás*, y me lo leí de un tirón esa noche, y después devoré *Ciudadano de la galaxia*, *La hora de las estrellas*, *La bestia estelar*, *Túnel en el cielo*, *Puerta al verano* y todo lo que había escrito Heinlein.

Y cuando terminé con todo aquello, empecé con Isaac Asimov y Ray Bradbury y con la colección de historias cortas titulada *Lo mejor de Fantasy and Science Fiction* y cualquier otro libro de ciencia ficción que pudiera encontrar. Estaba enganchada por completo.

Mi experiencia no era inusual. La mayoría de los escritores y amantes de la ciencia ficción la descubren a principios de la adolescencia. Cuando le preguntaron a David Hartwell que definiese la edad de oro de la ciencia ficción, dijo, citando a Peter Graham: «La edad de oro de la ciencia ficción es siempre los trece años».

Así que eso explica por qué empecé a escribir ciencia ficción, pero no explica por qué aún la sigo escribiendo

después de tantos años. Sobre todo porque la ciencia ficción se considera a menudo como literatura juvenil. Con frecuencia, cuando le digo a la gente lo que escribo, me dicen, «ah, puede que a mi hijo pequeño le interese».

Otros la consideran literatura barata. O no la consideran literatura en absoluto. Una reciente reedición de los libros de Philip K. Dick, decía: «Conocido en vida sólo como escritor de ciencia ficción, recientemente se le ha reconocido como un gran escritor».

Así que, ¿por qué sigo escribiendo ciencia ficción después de todos estos años? ¿Por qué sigo todavía enganchada? Porque creo que la ciencia ficción es muy importante por varias razones, y la primera es precisamente que nadie la toma en serio.

Siempre he tenido la teoría de que el arte florece mejor cuando se le deja completamente solo, cuando no hay críticos ni teóricos mirando por encima del hombro del artista, dándole consejos y recordándole que lo que está escribiendo es Arte.

Y que cuando se pose el polvo sobre el siglo veinte, puede que resulte que Raymond Chandler, Darion Runyon, Larry McMurtry, Walter M. Miller Jr. serán considerados grandes escritores: gente que ha trabajado en obras de misterio, novelas del oeste y ciencia ficción, donde había mayor libertad para moverse.

Debido a que a la ciencia ficción no se la considera como una literatura, está libre de cualquier interferencia. También está a salvo de las novedades y modas que afectan a la literatura convencional. No le afecta el deconstruccionismo o el tiempo presente, y el relato corto, que prácticamente ha desaparecido de la literatura convencional, sigue vivo y con buena salud en la ciencia ficción. Lo mismo ocurre con las historias de aventuras, las típicas historias de amor y las del oeste.

Y la novela histórica, que en la literatura convencional se ha visto reducida al romance histórico, está floreciendo en

la ciencia ficción bajo la forma de historias alternativas como *Guns of the South* de Harry Turtledove y *SS-GB* de Len Deighton y en las novelas de viajes como *A Bridge of Years* de Robert Charles Wilson y mis libros sobre los historiadores de Oxford que viajan en el tiempo.

Cuando envié a mi historiadora Kivrin setecientos años al pasado en *El libro del día del juicio final*, pude mostrar cómo era la Edad Media para aquellos que vivieron en esos tiempos, y para nosotros, que tenemos la ventaja de saber qué pasó después y podemos darnos cuenta de los paralelismos entre su época y la nuestra. Pude mirar a la enfermedad, a la responsabilidad y a la fe con una especie de visión paralela que ponía ambas épocas en contraste y hacía posible mirar a nuestra sociedad desde una nueva perspectiva.

La segunda razón por la que creo que la ciencia ficción es importante es que no se toma en serio a sí misma.

El sentido del humor de la ciencia ficción es una de las cosas que más me gusta de ella. En *Consigue un traje espacial, viajarás*, Kip trata de ir a la Luna por medio de un concurso patrocinado por una marca de detergente, que consistía en escribir eslóganes estúpidos sobre el Jabón Celeste, y allí conoce a un genio de diez años llamada Peewee que es una sabelotodo y que puede arreglarlo todo con un chicle.

La ciencia ficción siempre ha sabido reírse de sí misma. Ha escrito historias sobre alienígenas que querían utilizar la Tierra como una valla publicitaria gigante, alienígenas que venían a la Tierra para comprar recuerdos, y quienes, al igual que los turistas, compraban casi cualquier cosa, y alienígenas que querían contarnos sus problemas, y lo hacían, durante horas, horas y horas.

Y ha generado algunos escritores de humor maravillosos. Henry Kuttner y Fredric Brown, que escribió historias sobre alienígenas enloquecedores en *Marciano, vete a casa*, y Ron Goulart, que escribió sobre los inesperados peligros de la informatización, por no mencionar a Gordon Di-

ckson, que escribió la historia más famosa sobre ordenadores titulada, «Los ordenadores no discuten», una historia sobre un hombre que intenta simplemente devolver un ejemplar de la novela de Robert Louis Stevenson, *Secuestrado*, que él no había pedido, pero que debe vérselas con los ordenadores y que termina siendo juzgado, hallado culpable y ejecutado por la acusación de secuestro.

Siempre he adorado las comedias excéntricas de los años treinta con su humor sofisticado y burlas enérgicas y astutas críticas sociales. Han desaparecido de la ficción convencional, pero he encontrado en la ciencia ficción un medio perfecto para ellas. En mi historia, *Spice Program*, aterrizaron alienígenas de avanzada tecnología y mientras nosotros tratábamos de averiguar qué querían, ellos estaban más interesados en jugar a Cupido.

En mi historia corta de Navidad *Newsletter*, somos invadidos por alienígenas que se apoderan de las mentes de las personas, igual que en la película, *La invasión de los drones de cuerpos*. Pero estos alienígenas hacen que la gente se comporte mejor. Son educados, alegres, leen libros, no se quejan por tener que hacer cola, ni discuten ni llevan a los aviones voluminosos equipajes que luego intentan encajar en los compartimentos superiores. Y entonces la pregunta no es «¿Cómo los detenemos?» sino «¿Deberíamos detenerlos?». ¡Las personas vaina son mucho más agradables que las personas reales!

Y en mi novela *Oveja mansa*, me reí virtualmente de todo lo que siempre me había irritado, la gente que no pone el intermitente cuando va a cambiar de carril, y el pudín de pan y los niños maleducados y los pendientes en la nariz y los vendedores que te hacen esperar mientras hablan por teléfono y cuando tú les dices «Perdone, ¿me atiende?», menean la cabeza, mueven los ojos y suspiran. Fue estupendo. Me saqué todas esas frustraciones del cuerpo y me sentí mucho mejor.

En este mundo, donde toda la gente se toma tremendamente en serio todas las cosas, desde el medio ambiente hasta la política o el colesterol, y donde el grito de ánimo de casi todos los grupos parece ser «eso no es gracioso» nunca habíamos tenido mayor necesidad de sentido del humor. Y la ciencia ficción deshinchó esa seriedad, esa arrogancia y pomposidad. Y hace que dejemos de tomarnos tan en serio a nosotros mismos.

El humor nos da también la oportunidad de criticar la sociedad, los sistemas políticos y las ideas, lo cual me lleva a la tercera razón por la que la ciencia ficción es importante: su habilidad para hacer que nos miremos a nosotros mismos.

Por supuesto, toda literatura hace que nos miremos a nosotros mismos, pero la ciencia ficción posee una especial habilidad para hacerlo, puesto que puede construir mundos. Puede convertir las ideas en algo visible. Puede convertir lo abstracto en real. Puede crear escenarios en los que se pueden poner en práctica ideas filosóficas, religiosas o políticas.

Kurt Vonnegut, preocupado por el deseo igualitarista de la sociedad, su miedo al «elitismo» y a los intelectuales, consiguió hacer visibles esas ideas en su historia *Harrison Bergeron*, en la que se obliga a una graciosa bailarina a llevar puestos grandes pesos para que no sea más ligera que el resto de la gente, y los pensamientos de Harrison se interrumpen por dosis de electrochoque para impedir que sea más inteligente que el resto.

Aldous Huxley hizo real la inmortalidad en *Después de muchos veranos muere el cisne*. James Blish y Walter M. Miller Jr. crearon realidades religiosas en *Un caso de conciencia* y *Cántico por Leibowitz*. En *La mano izquierda de la oscuridad*, Ursula Le Guin creó alienígenas de un solo género, a través de los cuales podíamos observar nuestros propios puntos de vista sobre la sexualidad y el género. Philip K. Dick hizo que nos preguntásemos cuestiones bási-

cas como «¿Qué es humano?» y «¿Por qué somos mortales?», creando a los replicantes de *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* y la película *Blade Runner*.

Cuando quise escribir sobre el concepto abstracto del deber, conseguí inventar un mundo en el que los sueños eran avisos y los conflictos de la guerra civil todavía tenían lugar en las pesadillas de una joven moderna. Cuando quise analizar la influencia que tienen las tecnologías modernas sobre nosotros, creé un Hollywood del futuro en donde las películas se hacían por ordenador, y en el que no había lugar para una actriz joven cuyo sueño era bailar en las películas.

Una de las razones de la facilidad que tiene la ciencia ficción para dejar vernos a nosotros mismos con claridad es su oblicuidad. Cuando la crítica social es demasiado directa, la gente se pone a la defensiva e incluso se enfada.

Hace unos años, empecé a interesarme por los primates: los grandes simios. Gran parte de su comportamiento parecía muy humano —un gorila tenía un garito como mascota, otro lloraba la muerte de un amigo, un entrenador afirmaba que los orangutanes tenían sentido del humor y que podían hacer bromas— comencé a preguntarme qué significaba todo aquello y si los humanos eran los únicos seres que tenían alma. Pero cuando les preguntaba a mis amigos «¿Creéis que es posible que los monos tengan alma?» me miraban como si estuviese loca. O se enfadaban por hacerles una pregunta tan herética.

Si George Orwell hubiese escrito una novela realista sobre la Gran Bretaña de 1948 y sobre los peligros de la propaganda y el control del gobierno sobre la información, en vez de escribir su novela, *1984*, los lectores se habrían resistido a sus ideas. Le hubiesen respondido airadamente, «¡Esa propaganda nos ayudó a ganar la guerra!» y «¿Nos estás comparando con Hitler? ¿Cómo te atreves? ¡No nos parecemos en nada!».